

CONCOLOR

Damián Cabrera*

The Yoshil (an indian name) was —and perhaps still is— a tail-less protohominid, with lichenous hair of a yellowish green color. It stood about eighty centimeters high, walked on two feet and lived in the territory of the Haush. It always went armed with a stone or short club. By day it lived in ñire trees (*Notofagus antartica*) but at night it would warm itself by the fire of a lonely hunter.

Bruce Chatwin, *In Patagonia*, 1977.

La mujer es menos domesticada que el hombre. Si tiene éxito en parecer domesticada, es solo una mentira. El perro es de lejos más domesticado que el gato.

Carl Jung, 1932

* Escritor, investigador, docente, gestor cultural y curador. Licenciado en Letras por la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional del Este (2009) y Máster en Filosofía del Programa de Pos-graduación en Estudios Culturales de la Escuela de Artes, Ciencias y Humanidades de la Universidade de São Paulo (2016). Actúa en las áreas de lengua, literatura, fronteras, arte, política y cultura. Participó del seminario Espacio/Crítica. Integra el colectivo Ediciones de la Ura, la Red Conceptualismos del Sur (RedCSur), el Grupo de Investigación Estudios Culturais: Identidades e Cultura Política de la EACH-USP, y la Asociación Internacional de Críticos de Arte capítulo Paraguay. Es docente en la Licenciatura en Cinematografía de la Universidad Columbia del Paraguay y la Licenciatura en Artes Visuales del Instituto Superior de Arte de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Artes de la Universidad Nacional de Asunción. Coordina el Departamento de Documentación e Investigaciones del Centro de Artes Visuales/Museo del Barro. Ha curado exposiciones de arte en Paraguay. Sus textos han sido publicados en Brasil, Argentina, Estados Unidos, Bolivia, Ecuador y México. Es autor de la novela *Xiru* (2012). Fue coordinador de actividades de la Fundación Migliorisi/Colecciones de Arte y la Biblioteca Cervantes del Centro Cultural de España Juan de Salazar en Asunción.

Si exaspera de noche el maullido, en el sueño el miedo se diluye: uno tranquiliza al otro, y así, si se duerme con temblor, también *se duerme* el temblor. Pero Laura está despierta. Tengo que dormir. Sin hablar se dice. Es necesario, porque sólo así el oscuro se puede pelear ilesa; sin temblor, piensa, sin respiración siquiera.

Los doce años recién cumplidos de Laura no son los mismos que los de Marta, su prima, que le lleva cuatro meses, y que es de géminis —Laura de virgo—; por eso, según leyeron en el horóscopo, son las mejores amigas. Aunque puede ser extraña Marta, a decir verdad: muy divertida a veces, pero nunca se sabe. El horóscopo tampoco se sabe, no es de fiar: son muchos animales que ella nunca ha visto.

Suele venir de visita Marta. En el patio de enfrente a veces juegan, o ven la tele en la sala, y en verano se bañan con manguera en el pasto, bajo el sol. Ellas jugaban a la ronda con el oso de peluche, el unicornio de plástico, el venado de madera, el delfin de porcelana china. Laura ahora su prima Marta le alienta a jugar a otra cosa. Ellas en un balde una rana despellejaron, porque Marta tenía curiosidad de ver hasta dónde podía vivir sin piel. Y así con insectos, con plantas. La frontera de las flores, en su gran mayoría, sigue el trazo, igualmente difícil de precisar, impuesto por un invisible, y tiene color.

Y suele pasarse de la raya Marta: exagerar la verdad hasta el exceso tiene el efecto de la mentira inverosímil, y esa es la forma de honestidad con que reviste su cotidiano; la pelota demasiado lejos lanza para que busque su prima, ella mientras inventa otra cosa de su interés; y algo se muere en Laura todas las veces que descubre que su prima *cambia nomás de lugar* las cosas, las arregla, a veces, según ella, por su propio bien o frases hechas por el estilo, pero lo mismo eso es robar, sabe bien Laura. Cuando juegan a ahogarse en la latona en el fondo de la casa —es una de las ideas, brillantes, con las que llega un día Marta para poner a prueba su sospecha—, Laura aguanta justo hasta el límite del color blanco en el ojo y un hilo de sangre en la nariz, pero qué va a saber Marta de límites si Laura es la que siempre-siempre se ahoga, Laura siempre nunca Marta.

Ideal para esconderse es el bosque. Desde el arbusto hasta la rama alta por la que el cielo se entrevé, la pantalla verde filtra la entrada de luz hasta lo pastoso de su cuneta de hojas. Pero a veces sale escupida en forma de luciérnaga, el ojo de gato que relumbra con su linterna, o el paseante nocturno que fuma, pero es inofensivo. Helecho y musgo

con antigüedad tapian la zanja del arroyo: y el olor a fruta podrida en el hilo de agua arrastra enjambres. La esponja del bosque absorbe más oscuridad que luz, y suena a canto de pájaro como silbido de día, como flauta grave de noche y la estrella.

A veces suele entrar con Marta Laura en el bosque. Su lugar favorito es, donde el hongo grande del color de la naranja es el descubrimiento que opaca el tesoro del caracol vacío y roto, o la cáscara de huevo con puntitos de pájaro donde anida insecto, o la piña seca del pinar arrastrada por la lluvia hasta la hojarasca negra y el barro del bajo. Pero no siempre están solas. Ellas bien podrían decir: no somos únicas; porque a veces Carlos – Lolo, le dicen–, el hermano mayor de Laura, se aburre con su amigo Edu de hacer lagartijas, y rondan entre el helecho, hacia el arroyo que no tiene profundidad suficiente para nadar.

En una ocasión, ellos apenas se habían metido, y apagaron la risa las nenas para espiarles a escondidas. Cruzaron el puentecito de madera haciendo ausentar el peso del cuerpo –como les habían enseñado en la clase de danza– y se deslizaron tomadas de la mano entre los árboles, en medio de la espina que cubre el suelo; hasta llegar a la sombra del güembé grande en el bajo. Pero ni bien bajaron medio metro hacia el arroyo raquíptico que corta el parque, y vieron la nalga desnuda de Lolo y la de Edu vieron, que orinaba, Lolo agarró una piedra y la lanzó contra ellas, que cayó en la pantorrilla de Marta, cuando ellas subían disparando hacia la casa. “Qué tarada esa”, dijo Edu. Y unos minutos más tarde volvió Lolo, alto y blanco, la remera de fútbol verde y negra colgada sobre el hombro, él cruzó el portón y miró poniendo fingida cara fea el pie de Marta, su prima, capaz para asegurarse de que no le había lastimado, o para asegurarse de que sí, y ella entonces llorando se fue a esconder en el fondo.

2

El sonido suele llegar hasta la ventana de madrugada, antes de que se despierte Laura. Lo siente todavía dormida. Merodeando por ahí está, de tal forma que cuando por fin ella consciente logra descifrarlo y se incorpora, la materia oscura que proviene de ignorar las cosas ya lo deformó.

Pero maullido ha de ser, se dice sin hablar.

Muy confiadamente a esta teoría arribó luego de una semana de escuchar. Religioso es, en lo puntual. Apenas se asoma de la pieza contigua el primer ronquido de los que duermen, acompasadamente un ronroneo aparece a estar junto a su ventana un buen rato; y a veces bufido corto es, sobre todo cuando ronda perro o gato.

Y sobre todo su perro, Chacal, parece confirmar la idea de que es un gato, porque él los detesta, y ella aprendió a refugiarse en esa idea; se confió en el abrigo de ese pensamiento cuando alguna vez hasta su papá se despertó a gritarle al perro que se calle.

Pasan noches en que ella se distrae. Incluso en los muchachos de los cursos superiores del colegio piensa, cuyas espaldas a veces mira en la formación de la entrada, o cuyo olor trata de sentir, cuando le empujan en la cantina, a la hora del recreo, y que una vez le lastimaron la mano cuando le saludaron, apretando fuerte. Pero llega una noche en que no puede más no ver y mira, por la ventana: y es ahí que como de hombre la sombra o algo muy diferente de un hombre ve, de cuatro, que se para en dos patas; cruza de un salto el portón, la reja, sin hacer ruido; y sigue arrastrándose –justo que ni luna hay– hacia el bosque.

Hasta ahí, todo señal de un sueño, aterrador incluso, pero Laura va a asegurar haber estado despierta. Inmediatamente entonces se convence de que una explicación debe existir: algo se deformó en el oscuro, de repente nomás un color cambió de color, y no voluntariamente. Pero en lo sucesivo, cuando Laura se ponga a narrar lo que pasó, los aspectos van a empezar a definir un contorno, y la reiteración va a perfeccionar la forma al punto que ella va a empezar a incluir en el relato de su anécdota que justo antes de perderse en el oscuro él se volvió, hacia ella, y le miró. Grande era su ojo, va a decir cuando le pidan que cuente, y verde que le brilló. Como la luz del auto alumbraba en la ruta el animal, y se asusta el conductor, y el paralizado, el animal, también se asusta.

Ciertas cosas aparentan falsas, salvo que no lo son. Otras muestran, en la proximidad clara, su verdadero. Desde aquella noche, dice que no puede dormir Laura. Le dice a su mamá, desde la mañana siguiente: Mamá, no puedo dormir, hay un animal en mi ventana. Pero la verdad es que nada no hay. Nada no parece haber. Y la mamá le insiste que rece y se duerma, que si se duerme enseguida no va a sentir miedo. Y sí que se duerme Laura, mucho antes incluso de lo que cree, y de lo que al día siguiente dice: Nada no pude dormir. Lo cierto es que ni bien ella siente la cosquilla del sueño, el ojo ya cerró y está dormida. Pero incluso con dormir no hay nada, piensa ella, al menos para mí.

Porque se puede saber ella durmiendo, y aunque pueda descansar el cuerpo, el miedo se resiste y no reposa, y permanece alerta porque sabe.

La alegría del juego anestesia el miedo y a veces prepara su derrota, pero hay un animal que ronda la casa, hay un hombre, piensa Laura. No se juega con esas cosas, mi hija, le dice su mamá, y le pide que se duerma, por favor, nena. Pero noche tras noche su sueño comienza a verse cada vez más interrumpido. Al principio, todos se compadecen mucho de ella, porque incluso en una ocasión, mientras ven tele, ella se pone a temblar, como si hiciera fríísimo, pero están en primavera. Van a ir al hospital, exámenes van a ser hacer, sugirieren, pero la llegada de su primer periodo parece sentenciar cualquier causa y pone fin a toda especulación. Y cuando repentinamente una noche ella sale corriendo de su pieza y va hasta la de sus papás a golpear la puerta, el hombre saca del cofre del ropero el arma, con pasos largos hasta la ventana de su hija camina y da disparos, dos, hacia la noche, y luego le mira como si por destino de toda venganza el blanco fuera ella. Listo. Suficiente. Ahora todos vamos a dormir. No quiero escuchar ni un ruido más, dice.

Es en parte para proteger a Laura de esa agresión –porque el susto persiste en lo subsecuente, sólo que en lugar del llamado de auxilio un silencio sobreviene, en el que ella el llanto ahoga por no poder pedir–, pero sobre todo para consolar su impotencia de madre, que la mamá comienza a administrar, sin prescripción alguna, unas pastillas para dormir, con cada cena. Es por tu bien, le dice, pero bien podría decir: ninguna de las dos está a salvo. Y Laura se pone a pensar que eso de hacerles cosas malas a las otras y decirles que es por su propio bien debe ser algo muy de familia. Charlas breves acerca de la responsabilidad de ser mujer acompañan esporádicas a Laura en la cama, luego de la noticia del periodo, y una culpa rabiosa y estúpida comienza a crecerle con apariencia de vergüenza.

Y, aunque los terrores de Laura siguen, porque continúan los maullidos, como pitidos de una respiración sucia, y la sombra vigilante de su sueño se recorta a contraluz en la ventana, en la casa todos duermen, incluso ella. Pero el miedo no duerme, por muy cansado que esté.

El verano llega con cigarras, y el olor dulzón de melones y sandías se apodera de la casa, luego se llena de moscas, y también atrae comadrejas. Anidan en el entretecho, y Marta con Laura llega para pasar las vacaciones, y ellas juntas en la misma cama duermen, pasan las noches a veces hasta después de medianoche, se ríen, recuerdan de los muchachos de cursos superiores los nombres. Y la mamá considera que la pastilla por un tiempo no va a ser necesaria, pero sí necesito que se callen y duerman ya, por favor, porque tu papá les va a venir, Laura, ¿me entendiste, nena?

A pesar del calor el verano mayormente de entrecasa es. Pasa de ser isla del tesoro a algo desagradable el bosque. Y mutuamente entre Laura y Marta es aceptado el acuerdo de pasar la tarde jugando Uno, cocinando, o improvisando desfiles patio adentro, pero no volver, al bosque ya no.

Pero sólo por un tiempo resisten guardados los preciosos, y cuando en la proximidad de un heladero que pasa ellas se encuentran a pasos de la mata, Marta decide desenterrarlo. Al principio se mostró compasiva ella. Se va poniendo irritable con las negativas de Laura, que no se rinde a su persuasión de que es aburrido estar en la casa. Que jueguen a la pelota con Lolo, que va a venir Edu, su amigo, y se van a ir hasta el Lago, hasta el club donde de noche tocan los saxofonistas, a mirar las estrellas, que ella de buena gana se queda con su prima adentro, pero que preferiría irse también al arroyo a refrescarse, que no le deje irse sola. Y cuando ya no parece haber alternativa, Marta opta por vengar la intransigencia de Laura abandonándole. A veces, para imponerle mayor soledad, se lleva a Chacal, jadeante. Y los muchachos le dicen que de ahora en más ella es su *parceira*, y ella disfruta que usen esa palabra, que aunque fuera en portugués ella entiende. Y cuando Edu pregunta por qué no se les une Laura, Marta dice que es una boba, y Lolo prefiere que su hermana ni les acompañe. “Qué tarada esa”, dice Edu, y Marta asiente riendo con los ojos, con los dientes no.

Una ambivalencia transcurre entre los días del verano: Laura consiente el cara o cruz de su prima, hostil y huidiza por las tardes, prefiriendo la compañía de Lolo y Edu, pero muy atenta con ella por las noches. Y Laura trata de comprender Marta qué tipo de bien se piensa que le hace con esta división abrupta del tiempo, qué vida le salva.

Las vacaciones van a terminar pronto, y la rutina consagrada a estar sola por las tardes le confirma a Laura que no va a extrañar a su prima, que no es lo mismo que dejar

de quererle, pero que se vaya, por favor, aunque el miedo vuelva por las noches a dormir con ella, bajo la apariencia de un maullido y la pastilla.

4

En carnaval, los adultos asisten a una fiesta, y a Lolo dejan a cargo de las nenas. Edu llega enseguida con globitos, y los llenan con agua en una latona, multicolores. Van a jugar a una variante de *esconde-esconde*, proponen, cada uno con su artillería de látex. Quien se quede sin municiones puede ir hasta el pilar del zaguán, donde está la latona, pero se va a quedar expuesto al ataque.

La luna el pasto recién cortado, ilumina, y Lolo les da tiempo a todos de esconderse mientras él cuenta hasta cien. Chacal no para de ladrar. Pasan varias rondas y ríen los cuatro, empapados. Y en la última, 97, 98, 99, 100, Laura entre las plantas se esconde, junto a la casa del perro, esperando no ser encontrada, cuando escucha el portazo. Ella levanta el ojo por encima del techo. Nada no ve. Teme que estén en guardia en los rincones, y cierra el ojo, se cubre la cara con la mano, y cruza corriendo el patio hasta al pasadizo que une con el frente. Pero nadie no le sigue.

Realmente es algo impresionante esa luna, y entre la maleza luciérnagas vuelan. Recordó que cuando aparecían su mamá les decía: Se bajaron las estrellas. Pero para poder identificar correctamente las constelaciones, es necesario poder ver las figuras que dibujan. Y ellas delineaban: Un toro, un perro, un jaguar.

Ella retrocede con mirada perdida en esa luz, y regresa resignada de la visión de esa isla de bosque que le perteneció.

En el fondo, Chacal dejó de ladrar, como si fuera señal inequívoca de que también se escondió. Y ella sigue sin ver a nadie, ni siquiera ya el perro. Empieza a llamar, primero al animal, después a Lolo, a Marta, y a Edu también le llama. Y como nadie contesta, siente de pronto el inconveniente helado y absurdo de tener un solo frente y una espalda que ofrecer a la oscuridad: vuelve a caminar en reversa, hasta la puerta, y cuando llega se da cuenta de que llevó unos segundos sin respirar.

Trancaron la puerta, y ella vuelve a decir nombres en voz alta. Llama, con golpes calmos, y apoya la oreja, pero nada no se escucha.

Vuelve a mirar, irremediabilmente atrás, en busca de Chacal, y en dirección a los crotos le parece ver movimiento. Detenidamente mira hacia la sombra donde no logra ver nada nítido, y cuando sobre el no ver se impone la confusión entre imaginar o tener certeza, vence la idea de que agazapado, o en cuclillas, él le está observando, y esto le infecta el oído con un silbo muy agudo, luego cada vez más grave, que se le antoja maullido.

Piensa que si sigue mirando, algo va a terminar por aparecérselo, y cierra el ojo, y con esto se vuelve más consciente de la enfermedad que prolifera adentro, y le paraliza, como cuando en el sueño se quiere correr y no se puede: el cuerpo se durmió, el medio no. Y por única pelea que puede imponer contra el oscuro, se aferra con la mano al picaporte y recuesta la cabeza contra la puerta.

JAGUA YVYGUY

Musgo en la piedra negra, basáltica, junto al arenal. Un pescado muerto. Uno que boye en el río, hasta su orilla. Aunque no nade que se mueva, y choque. Contra la piedra. Deshilachada tenga su aleta, y ojo no tenga. Que se le haya arrancado un trozo, de una mordida. Blanco ya el pescado, y aun fantasma vivo, y a su acecho el canibalismo de alevines.

Chapotee el agua contra piedra, mientras el viento recoge vertical vahos: de orín de zorro; invisible en círculo: el polen verde de flor sin nombre; y se deshaga sobre el colchón dulce de almeja de río, junto al arenal.

Que sobrevuele el agua el martín pescador. Su pico meta. Que se deslice y vuele, alto que vuele.

Tucanes en esa rama descansen, de arriba. Cíclopes de dos faces sean, pegadas, mirando con un ojo por turno, una cara por vez, como el más narcisista de los ojos frente a un espejo.

Un zumbido constante haya, de insectos. Y tronar de piedras hasta, porque en algún lugar se haya movido la tierra; o crepitar de fuego cuando rayo, en la selva y en la noche.

Y un acontecimiento: Patas de perro pavor descarguen, al golpear el suelo de pasadizos; tantos abiertos en el bosque y al ras por pezuñas, pero uno que fuera el de fuga que buscan, tan conveniente. Su madre corra, seguida por ustedes que su camada reciente son. Que ustedes jadeen, con la sonrisa de cachorros que ella ya no. Que el hocico apretado tenga. El latido del miedo que tenga. Que tenga velocidad de madre.

Su giro brusco ustedes sigan. Pero el puma también. Y de pronto, un desliz. Que en el muslo de su último hermano su diente clave; que atrape a descujo y sacuda, corto: dos-veces. Y de ahí a la yugular, una-vez.

El ojo del puma brille, circular y de tan resplandeciente ciego, y su diente. Nadie mire pues atrás, y pase uno y otro al otro de enfrente o pase detrás.

Su madre alcance la madriguera. Que tiemblen-ke ustedes. Que ella les lama, jauría petiza.

Vigile ella con su sueño la muerte del cachorro; que escuche-ke su carne golpeada, su pelambre sucia ensangrentada, vuelta barro petróleo. Huesos se astillen, algunos crocantes; tiernos, la mayoría. Y ella siga corriendo en el sueño, ella siga a huir.

Sólo reste cabeza, al final, con su porción de oreja, y peluda pero perdida de vista. Ni siquiera hormigas avancen en cortejo, pero han de venir pronto, ya se acercan ya.

Y en la entrada del cubil amanezca olor a almizcle y a fruta podrida. Tallos de palmito mordisqueados, por hermanos sin memoria, otra vez alegres en el juego y en la pelea. Otra vez alegres en el hambre, porque son muchos, y la comida escasea. Que duerman sin bañarse, otras noches sin cenar. Que los domingos agríen sábanas mientras ella reza, y un montículo de ropas se equilibre contra la cabecera de la cama, mientras alguien sube el volumen de la tele, más alto y sin zapatos.

Se piense en los alrededores que en esta casa nadie tiene higiene, o les gusta andar así de sucios para repeler. Que digan las vecinas cuando Rumi pase: qué mala madre que es.

El panorama de las luces se prende en el perímetro y rebota contra el agua. Turbulencias pequeñas multiplican la luz en porciones: se ciñe el suspiro a los pastos y camalotes, al güembé. Desde la superficie horizontal del lago. Rojo de día. Negro de noche.

Es un paisaje de anillos en que el agua es el núcleo. Hay una flora ictícola que brotó alrededor, y que coexiste con algunos intentos de paisajismo; senderos abiertos, espontáneos, y camineros de asfalto para el paseo vespertino de los deportistas; bajo una sombra de árboles, en la frontera mínima entre el lago y las avenidas; y justo ahí el cúmulo de cemento y luces. Del comercio a la cartelería. En la ciudad el lago. Es un respiro.

Artificial.

El equilibrio de su estructura reposa sobre la superficie vertical de la pared del corredor: la bicicleta nueva es el regalo que anima el apuro del hijo. Y la promesa de que el siguiente fin de semana la mamá se haría de tiempo para que recorrieran juntos la ciclovía del Lago recae sobre él como prohibición de andar solo en bicicleta.

Él se monta sobre ella y trata de andar por el breve espacio del patio trasero. Pero es un fracaso.

La empleada es la que está en la cocina. Mezcla la leche fría con el chocolate en polvo, pero la materia se resiste y se forman grumos; el azúcar, previamente húmedo en el recipiente poco hermético, se queda en el fondo de la taza. Él con disgusto sorbe la leche, espesa, y ve dibujos animados.

La mamá. Joven. Se demora la cena –las verduras sin cortar, la carne cruda, sin mezclas– en la bolsa de hule. Por el camino más largo.

La novela no tarda en comenzar y la empleada se tranca, en la *piecita de la empleada*, a ver a sus actores favoritos padecer sus dramas en portugués. En 20 pulgadas.

El camino más corto, piensa él ahora. Antes de que llegue. Piensa. Ataja el pedal con una mano para no hacer ruido y camina agachado, con pasos cortos y rápidos, hacia

el portón. La avenida baja hacia el Lago, y la fuerza del descenso desliza el viento en su oreja.

La indocilidad del artefacto, la falta de pericia en el manejo de sus mecanismos. Cuando alcanza a dos nenas mbya que pasean tomadas de las manos –vestidos blancos demasiado estrechos para el volumen de sus cuerpos–, en las primeras vías de la acera, en el último anillo exterior del Lago, presiona el freno delantero y casi-casi se cae.

Van y vienen los autos, iluminan los vestidos blancos de las nenas, que se pierden detrás del hijo, que avanza veloz, que arrastra la luz de los rayos de la bicicleta formando un anillo anaranjado ahora.

El siseo de insectos es robusto, cuando llega. Las ruedas nuevas besan con sus bigotes, vírgenes, las vías.

Cuando el hijo alcanza el puente, en el límite de la ciclovía, ve difícil el tránsito y retorna. Ahora siente una dificultad al pedalear, y un ruido. El asfalto, antes amable, ahora áspero es. El hijo se baja y contempla horrorizado su llanta trasera. Destrozada está. Inspecciona con ganas de llorar: su pobre regalo estropeado. Van a arreglar, piensa. Pero tardarían días. Le van a reprochar su fuga. El camino más largo después de todo, piensa.

El hijo dirige su mirada hacia la avenida empinada que lleva a su casa. Titubea, pero camina con miedo al castigo, mirando hacia delante, mirando hacia atrás.

Entre los árboles, entre la maleza junto al agua, de repente, el silencio de los animales le acompaña. Con amenaza.

No hay siseo alguno en las copas de los lapachos. La luz del agua se ve lentamente empañada por una niebla que crece irregular en las orillas y en el centro, y que se expande hacia las flores oscuras de los matorrales que destilan olor, de donde no se ve al hijo salir.

La luz proliferada, ahora en fragmentos móviles. Pero el agua es negra. El vigor de su transcurso es interrumpido por una presa que a la vez funciona como puente. Al atardecer, el entrenamiento de los remeros suele perturbar la dirección de la corriente y agita los sedimentos que bajo la superficie se expresan en volutas gordas. Pero por las noches, el efecto de espejo en el que la luz se reproduce da una impresión de limpidez. Ahora que la niebla cubre el Lago, pero también revela las aureolas de los alumbrados superiores donde las luciérnagas bailan borrachas, ciegas, hay una opacidad renovada, pero esta vez es blanca, es espesa, y es exterior.

VIDA Y MUERTE DE GOKU

Acumular los animales en el depósito del fondo le dio cierto calor a la tierra. Su ingreso produjo una disrupción en el balance de la casa, cuya fluidez, antes, se concentraba enfrente, y nunca atrás, como atraída por el desnivel propio del terreno. Esa cualidad líquida de nuestras vidas era particularmente visible en el mecerse de las familias de plantas con el paso de mi familia: ahora el jardín del fondo era selvático.

Gradualmente nos fuimos trasladando del frente habitado hacia el fondo ocupado por los animales. Su murmullo incesante era la noticia de un hambre y una comida próximas entre sí. Cada tanto, veíamos a mamá salir con una frazada por la noche, llevando maíz y afrecho en un plato de aluminio enlosado. Cuando se lo reprochábamos siempre negaba.

El que más perturbaba el ambiente era un chanco muy robusto, al que le gustaba revolcarse en el barro ofrecido a él por el agua de los bebederos.

Entre los excrementos y las partículas aglutinadas de alimentos rancios antes que deterioro se sentía una renovación. Las semillas partidas de maíz sanaban su muerte en ese humus; el verde de los excrementos iba tiñéndose de amarillo; y podía vislumbrarse una cadena de brotes con direcciones irregulares; y justo debajo del nido de las ponedoras había un vaso de agua con larvas danzarinas de mosquitos, no se sabe quién lo dejó ahí.

Las paredes iban agrietándose por efecto de la humedad, que también cambió la atmósfera pálida de ese recinto, ya que ahora el polvo anterior se hallaba disuelto en nubes que envenenaban el aire. Las vigas frágiles del techo heredaron los adornos de las arañas, que ahora se tambaleaban porque la estructura se había vuelto inestable. No sabemos si el chanco o las guineas o las gallinas o las codornices o los conejos o los pavitos o el faisán o la pareja de gansos empujaban masas de tierra hacia las paredes liberando el espacio del centro y como si quisieran poner zócalos alrededor.

Rojo del hierro, negro del carbón, amarillo del azufre, los colores tenían olores específicos, y podíamos distinguirlos así, por su color. También la falta de salud tiene colores. Había vida y misterio en ese rejunte de especies, salud y enfermedad. La mayoría de los pavitos murió, pero los que sobrevivieron estaban retozones y ya respondían cuando les silbábamos.

Pero a mí el que más me intrigaba, entre todos los animales, era ese mono tímido cuyas huellas dactilares me hacían pensar en los trazos de nuestro origen. Antes que inquieto, el mono permanecía paralizado en un ángulo donde una tabla reclinada le servía de cama, arriba: oiméneko hasy, dijo mamá, porque tenía los ojos rojísimos y lloraba un llanto apagado. Tenía una mirada que con los días se iba solidificando, y eso me daba tanta pena que una noche me lo llevé para que durmiera conmigo. Mirados bajo la luz del fluorescente, sus ojos parecían cubiertos por algas. No manomo'ãi, dijo mamá, porque al rato nomás ya cambiaron sus chillidos. Era como si hubiese capturado nuestra energía, como si lo único que le faltara para revivir fuera nuestra compañía. Y cuando me fui a acostar y lo tapé con la frazada parecía un bello durmiente que no hubiese descansado en días, y roncaba satisfecho. Ñambohéra va'erã, dijo mamá. Ella quería que se llamara Mario, porque según ella se parecía a su padrino, que en paz descansa. Le pusimos Goku.

Durante semanas mantuvimos ese equilibrio entre el frente y el fondo de la casa, apenas puesto a prueba por la migración de Goku. Pero todavía eran los días fríos de julio, y cuando llegó agosto el depósito se convirtió en un horno. Los animales lloraban de día y de noche, y, una tarde, la manguera que irrigaba los bebederos fue reventada por el chanco, y más de la mitad de las gallinas murió, no sin antes arrancarse mutuamente porciones enteras de piel: una materia gelatinosa y roja, con mechones de pluma que se mezcló con el agua sucia esparcida por el suelo. El chanco vivía en perpetuo movimiento, amenazando con su hocico todo lo que se interpusiese en su camino, y defecando rulos de humo que enfilaban hacia el cielo. No sé por qué, en todo ese tiempo, nadie había tocado el vaso de agua debajo de las ponedoras, y se me antojó ver renacuajos nadando en el líquido verde. Le dije a mi mamá que era imposible mantener a los animales aprisionados por tanto tiempo. Por las noches juntábamos los restos muertos y los quemábamos en un foso, y a mi mamá se le ocurrió regar las plantas con las cenizas, como fertilizante. Esas cenizas negras, ocre y marrones comenzaron a esculpir el paisaje de nuestro patio del fondo, porque se habían vuelto sólidas, como montículos de piedra.

Mi hermano nos hizo notar que las chapas del techo se habían hundido. Subimos a repararlas y encontramos líneas cristalizadas con colores vivísimos: no sabíamos si serían la savia de alguna planta que se había escurrido, secreciones de algún animal o apenas minerales, pero parecían oro.

El chanco se puso pesado con la sal; mamá empezó a dársela porque había oído hablar que a los animales les gustaba, pero él ya era un adicto. Pronto, sus excrementos que antes eran entre líquidos y gaseosos se volvieron sólidos como cristales.

De tanto compartir con nosotros, Goku adquirió el hábito de alimentar a los demás animales. Parecía un director de orquesta meneando un trozo de lechuga, y los pollos y las guineas y el chanco y las codornices se movían coordinadamente dibujando espirales orgánicas, y cantaban de hambre.

Sus presencias moldearon nuestra rutina hasta que llegó el fin de año y fue tiempo de cosecha. Empezamos por las gallinas, y no tardamos mucho. Pronto, las plumas arrancadas formaron pináculos olorosos. Cuando llegamos al chanco debimos haber alertado a los vecinos, por lo menos los perros se dieron cuenta, y ladraron. La sangre se escurrió y formó un río suave que pronto se volvió duro en los canales que conducían al foso de basuras. Para pasar el tiempo, mis hermanos le cortaron la cabeza a un ganso, que salió aleteando por el patio, acéfalo, para risa de ellos.

No podíamos vender en el barrio, porque la sospecha sería muy grande, así que realizamos algunos viajes hasta el barrio más cercano, pero también guardamos algunos pedazos de carne para nuestro consumo personal.

No nos ocupamos de la limpieza del depósito sino hasta enero, pasadas las fiestas, y si bien esperábamos encontrar los charcos y el guano fresco de las semanas anteriores, antes bien fuimos recibidos por una apariencia estéril. Inclusive los muros donde aun antes de que llegaran los animales había brotes de musgo ahora estaban secos. Era como si el verano y la cosecha hubiesen succionado la vida del depósito.

Una mañana, mi hermana se despertó con fiebre. La médica del barrio le recetó una infusión de hierbas y ella reposó todo el día, pero la fiebre no pasó. Entre temblores, por la noche, nos reveló que Goku le había mordido: la herida, en la parte posterior del muslo derecho, estaba infectada, y tenía mucho pus. Mamá sacrificó al mono ahogándolo en un balde. Desde su cama, mi hermana imitaba sus chillidos como si estuvieran matándole a ella también. Cuando todo terminó, mamá quemó los restos en el mismo foso donde quemaba las gallinas, no sin antes guardar su mano en un frasco con alcohol, para la buena suerte. La herida de mi hermana se curó, pero tardaría en perdonar a mamá por el homicidio de su mascota. Para venganza, se sentaba por las tardes, rascándose la herida

y la cabeza, infestada con los piojos que Goku le había contagiado, y apuntaba hacia el cielo: esa estrella es mi mono, nos decía, ¡para qué le mataste, mamá!

El verano se expandía generoso, estirando los pliegues de nuestros lomos quemados bajo el sol. Los suelos formados por las cenizas y los excrementos residuales adquirieron nueva vida con las lluvias de febrero. Recién en marzo terminamos de hacer espacio en el depósito e instalar los bebederos, antes de volver a capturar animales. Por las siestas, mis hermanos más chicos exploraban los terrenos, paseándose por los patios ajenos, y por las noches, con pericia, los mayores limpiábamos la superficie de los gallineros de cualquier presencia animal, la de los chiqueros, la de los cotos, la de las jaulas.

Fue entonces que a mi hermana empezó a brotarle una caspa gruesa en la cabeza, que ella se rascaba y juntaba sobre un pañuelo negro, que no sabemos de dónde había sacado. ¡Puerca!, le gritábamos, pero ella se reía con risa diabólica. Polvo de estrella es, nos decía, que me regaló mi mono. Y dormía sin bañarse, y olía de lo peor. Al final de nuestras jornadas yo me acostaba pero no descansaba: miraba en dirección a la pieza de mi hermana, o veía la pata de mono sobre la heladera, escuchando los murmullos de los primeros animales, y temía que mi hermana se despertara en medio de la noche, y se me acercara para contagiarme con su caspa.

Ese otoño y ese invierno no fueron fríos, parecían primaveras calientes.

Rondar ofrece a un pie la satisfacción de participar en movimiento. El paso inútil no conduce a objeto preciso, pero eso no radica importancia. Como si pudiera deleitarse en imaginación vaga, en tanto la acción de pasear y la de pensar fuesen unidas.

Él arrastra. Su zapato en el yuyal. La media de fútbol. Su pantaloncito azul marino. Y ve su vocación inquieta ir perdiendo soltura ante el agarre del abrojo que se espina. Así es su avance; el niño que camina en el yuyal.

La isla de naranjos está enfrente. Él da pequeños saltos entre lo pálido de la maleza y el sonido de insectos alrededor se silencia, vuelve a chillar. Pájaros trinan sobre el pastizal que cuchichea a su paso. Claro que la muerte aparece a veces a bodocazos y ensangrentada cuando la puntería de la hondita se lo permite. Pero en los troncos del naranjo también hay oro en polvo. De lejos, el amarillo se asemeja tanto al metal en lo precioso que la orquídea más pequeña recibe en guaraní ese nombre –oro ku’i–, y él la aplasta, se frota hasta vestir las manos con el jugo de su color.

Vino a estarse solo ahí, por estar nomás. Golpea un palo contra la lata herrumbrada, hurga entre el incognoscible de plástico, que abunda; derrite, prende fuego.

Pero entre lo inerte del resto industrial y la muerte pasiva de la planta, prefiere el dolor del otro vivo. Ronda un animal por ahí. De algo se escapa un lagarto; al toparse con él, el bicho se paraliza, luego se pierde, en un parpadeo, y salva su cola de la pedrada entre un montón de gajos secos. Él suele juntar hormigas de especies distintas o saca arañas de sus huecos y pone a pelear, pero le inquieta que a la vencedora no le apetezca la vencida, y le arranca la pata.

Lejos, la frontera del campo se pierde en la línea estridente de pindós que ceden al viento y tiemblan; conforman un país que pospone el ruido de una ciudad, de cuya promesa de paseos por venir nada no sabe él.

No es cierto que el dedo sirva sólo para eso: para imponer un significado y un orden a las cosas que apuntan. A veces, un dedo mide la potencia de un daño.

Siente ganas repentinas de cagar. Entonces, cava un pozo con el pie, se ayuda con su palo, con su lata hasta alcanzar profundidad y se sienta en cuclillas. Cuida de no ensuciarse y puja. Mientras, elije con la caricia del dedo la hoja más benigna entre las próximas, para limpiarse. En esa posición y vulnerable, reflexiona sobre los seres animados e inanimados que le rodean, y los clasifica; pero cuando ve un hongo con forma de señor con sombrero, no sabe dónde ponerlo.

Cuando piensa en las jerarquías, él puede permitirse pertenecer a todas. Cuando termina, pasa una hoja tras otra entre sus nalgas rubias, y cubre nuevamente el pozo, con su zapato, frenético, con su palo, antes de que llegue la mosca verde a alimentarse de su tesoro. Entonces, en medio del evidente olor a mierda fresca él se inventa el desconocido de la víbora, y emprende una fuga fingida que le tiesa el cuerpo. Corre. Se aleja de los naranjos. Se eleva sobre el pastizal. Alcanza el terraplén y atraviesa el polvo como si entrara en un sueño; pero en zigzag, para confundir al depredador.

3

Dientes en ristra comprimen el espacio. La cantidad, distancia y forma muestran sus límites al tacto de la lengua, que explora; él intuye que pule capas, al punto de reconocer del esmalte el sabor acedo, de la dentina. A veces, restos de comida atrapados entre muelas son descubiertos; él se entrega a la asfixia agónica de tratar de liberarse; primero, succiona haciendo presión con la lengua y la mejilla interior; luego, con la uña, ya sin aliento, pero el diente no tiene respiración.

Ensancha el límite de la vista con dos espejos. Se puede ensanchar la vista, esa es la ciencia de los telescopios. Uno pequeño y circular es introducido en la boca –la lengua comprime la úvula, las cuerdas vocales; y él libera un quejido como el del que se resiste y llora–. Se mira el cielo de la boca, reflejado en el espejo redondo y vuelto a espejar en uno cuadrado, enfrente, encerrado en el baño. Allí, a la luz fría de un foco, dos líneas de

dientes muy claros exhiben su crecimiento paralelo en dirección al paladar blando.

Entonces, siente en la espina el ardor ascendente de saber qué esperar, porque esa afloración no sólo guarda el filo incipiente y rompedor de encías, sino la certeza de que se lo arrancarán a grito pelado.

Él hubiera preferido disuadir la operación que involucra que sus hermanos le sujeten a un sillón, mientras el padre le clava el pie en el muslo y le extirpa un diente tras otro con la mano aferrada a la liña de nailon. Es la escultura más bella que vas a ver: un padre montado sobre su hijo, arrancándole los dientes. Y de los dientes se dice que quien no pueda morder que no los muestre. Se guarece entonces de esa saña todo lo que puede mantener la boca cerrada. Come discreto, asiente en silencio, no habla. Lejos de la vista, inspecciona la dentición. Debe aguantar hasta que las coronas se expongan al máximo, pero no demasiado que calcifiquen las raíces. Cosas como éstas son aprendidas cuando está en juego el sufrimiento.

Y, aunque ineficaz, es la única forma que encuentra de diferir la llegada del tiempo en que la sospecha del padre se pose sobre él, e introduzca su dedo más digno con forma de gancho en su boca, desamparada; y hurgue –el hijo, la boca abierta– como la madre que busca salvar a su niño de ahogarse con el níquel que ella misma le dio.

—Tomá, mi hijo. Para tu alcancía.

4

Basta con un gesto para hacerse notar, una aproximación cortés que puede ser verbal o recurrir al tacto. La savia nocturna se abre paso entre la geometría. Dos hombres solitarios realizan el mismo trayecto en vaivén, en direcciones opuestas; se alejan, el uno por los parques del ex aeropuerto Alejo García, el otro hacia el bullicio del centro; y, cuando regresan, se cruzan en la oscuridad que aloja árboles festivos y discretos en el Parque Chino. Se saludan; primero de lejos; luego, se aproximan y se tocan las manos. Ellos conversan un rato en la oscuridad, en tanto las luces de los alumbrados y los autos parecen más interesadas en el asfalto y el concreto. Despedirse es desconectarse y alejarse cortésmente. Ellos retoman la marcha.

El agua está próxima. Cierta neblina flota en zonas de la ciudad: es otro arroyo más, pero de vapor, y a veces regresa a la tierra. A veces se forman gotas en los parabrisas de los autos, y en ellas la luz es atrapada. Son días pequeños, acuáticos.

A falta de luz solar apaciguadora, los miedosos son tranquilizados por la pequeña multitud que vocifera el sábado de noche, pero hay porciones del entramado de calles que no admiten tanta generosidad. Y, no obstante, él no siente miedo de andar por ninguna, a la hora que sea.

Este paraje urbano se llama Oasis. Siempre le intrigó el nombre y más de una vez imaginó un pasado en el que un ojo de agua salvó la vida de nómadas sedientos. Pero hay más de un ojo. El arroyo Amambay, el Lago de la República, las albercas y piscinas del Parque Verde y el Parque Chino. Puestos a pensar, en efecto, esto es un oasis. El Shopping Mirage es el espejismo iluminado que se eleva sobre el desierto nocturno, que de día es mercadillo de pasillos y de lenguas.

—¿Qué dijo aquél?

—Quién.

—Aquél qué dijo.

—Yo no sé qué dijo. No sé luego quién.

Dentro, desde la barandilla del Mirage, él contempla el atractivo de lo pactado entre mesas de gente vivaracha, donde unos muchachos jóvenes beben. Parecen haberse escapado de sus casas, y visten ropas de talle adulto, demasiado grandes para ellos. Bajo la luz multicolor, todo es un espectáculo muy curioso. Es lo mismo que palpar el pan y no comerlo, piensa él, o ver cómo se lo comen otros.

5

Ciertos platillos alteran. Otros, todavía, buscan ser amables con el comensal. Una combinación de condimentos puede generar una sensación confusa y ambigua. El orden de los alimentos puede ofrecer una forma de desorientación. Pero no entender a qué sabe algo puede provocar rechazo. Sin embargo, una vez descubierta la alegría de paladear la sorpresa, ésta puede volverse un vicio. Y en esta ciudad hay tanto para sorprenderse. Hay tanto.

Se exalta en el fervor de componer con las variaciones del gusto. Hay sabores que son definidos como novedad. Descolocan por un instante y levantan un fuego ahí donde no se sabía que existía combustible. Pero un alimento preparado por las manos que conocen comunica mucho más. La porción es introducida en la boca, es triturada por dientes, son disueltas las texturas con la saliva en la lengua, en el ejercicio activo de reconocer estímulos, de olfatearlos y saborearlos, como una forma creativa de deseo de vivir. Quiero vivir. Quiero porque conocer es placentero.

El sentido gustativo reconoce en los alimentos lo nutritivo y lo tóxico, y a veces ensancha límites. No todo lo que sabe a alerta acarrea un daño. Y, en contrapartida, los niños saben de una anatomía del gusto a partir del gusto por la anatomía propia: prueban su pelo, sus uñas, sus fluidos corporales, su piel. Yo sabía tan bien, pero mi sabor es algo malo, sobre todo para mí. Quiero guardar mi sabor de quién sea.

—Esto sabe muy bien. ¿Qué es?

—¿Enserio querés saber qué es?

—No, mejor no quiero nomás saber qué es. Prefiero. O si no ya no me ha de gustar más.

Él comenzó a hacer listas exhaustivas de los platillos disponibles para su degustación, y probó las variaciones de una cocina a otra, incluso de la misma tradición culinaria. A veces, experimentaba en un mismo plato lo antiguo y lo moderno, lo estándar y lo clásico, abriéndose paso a través de las moscas y ampliando el dominio de una inteligencia.

Este sabor reapareció, pensó una vez, cuando sentado en la mesa probó la sopa caliente. Lo mismo podría decirse de una lengua muerta que resucita: reapareció. Sólo en esta calle, hay sabores de cuatro continentes, en siete lenguas. Uno de ellos en cuatro dialectos. Pero los paseantes curiosos no siempre pueden probarlos. Primero, hay que conocer la lengua para ordenar apropiadamente el conjunto de esos conocimientos transmitidos por milenios. Él no lo sabe, pero acaba de meterse en la boca seis mil años de ritos fúnebres y nacimientos, de matrimonios y capitulaciones.

Escalenos. Paralelogramos. Circunferencias. Rombos. El dibujo adhesivo en la superficie de cascos y chalecos exhibe la cualidad autorreflexiva de su geometría. Luz mediante, sobre la oscuridad, destaca un contraste –entre lo opaco y el amarillo, el blanco resplandeciente–; para eludir el peligro de un invisible, la velocidad, el potencial de su embestida discreta.

Es madrugada. Las rutas son planicies rectilíneas abiertas sobre un terreno que el monte habría hecho intransitable. Ésta no ha sido una zona próspera para los caballos: la historia ecuestre de la ciudad es vaga, marginal, quizás un lujo. No así la de sus caballeros.

Entrenados para el viaje a dos ruedas, a veces a dos cuerpos, algunos exhiben las insignias de sus clanes: verde-mate y negro, gris, blanco y negro para los policías motorizados; amarillo y negro y blanco metal para los mototaxistas. Mucho más sobrios, desaparecen entre los motoqueiros convencionales los motochorros.

Todos unidos por el equilibrio y la rapidez, mientras tejen rutas inexistentes entre autos y colectivos; zigzaguean rectas imaginarias, segmentos, curvas serpentean, sobre la carretera.

Llevar pasajeros y productos para entrega en la grupa no sólo es cuestión de abaratar costes del transporte: es oficio extendido en la ciudad. Muchachos hermosos, diestros en seducir con la lengua a pasajeros potenciales, y hombres hoscos disciplinados en la espera paciente del que busca precio y baqueanía, aguardan como enjambres en algunas esquinas burbujeantes de gente y carteles; junto a choferes de taxis y vanes que también quieren hacer trabajar su vehículo.

—¡Moto, amigo?

Es madrugada. Dos muchachos combaten la biología, dados a la acrobacia y a carreras clandestinas sobre el asfalto oscuro que atraviesa una porción de bosque. Combaten la biología, entre los cedros y lapachos, y en cierto modo la vencen: la forma humana pierde su forma y se vuelve un tanto geométrica en la pista, como los adhesivos autorreflexivos que ellos no portaban, cuando un auto, que venía en dirección contraria, embistió a una moto sin luz.

Los números están amenazados. Cambios decrecientes asedian los guarismos grandes de meses previos. El acento de las cifras había vibrado alegre en bocas de los vendedores. Uno de los empelados se movía entre los electrónicos en exhibición, exagerando con el chasquido de los dedos el sonido de billetes tras cada venta nueva. Fue despedido ayer.

Las últimas semanas han sido de escasez. No se vuelve a enterrar el tesoro encontrado en la excavación: ya estuvo suficientemente atesorado, hay que gastarlo. Un televisor nuevo, el anticipo de la reforma, la entrega por el auto usado. Pero el peso se acumula, capa por capa, en pilas de papel: facturas a crédito, pagarés. Acá no estamos sujetos a cotas, a cupos. Los límites del gasto libre de gravámenes afectan los gastos sin límites de tiempos más prósperos.

Los números grandes están por venir. Así se confortan los gerentes, sumidos en robustecer a su manera la esperanza propia, mientras ordenan, por lo bajo, que en Recursos Humanos negocien el sacrificio ineludible de despedir parte del personal.

Ya se dieron cuenta en el departamento de ventas. No son tontos. Sobreviven hace semanas sin las comisiones ansiadas. Empiezan a actuar en consecuencia y se mueven, inquietos y solícitos, disputándose los clientes: hay días en que hay más vendedores que clientes.

Una chica muy delgada sale llorando al terminar su turno. Acaba de cobrar, en efectivo, el último salario. Vamos a llamarte cuando las cosas mejoren. No todos son inmunes a esas lágrimas, pocos son los que viven con la despreocupación que procede de grandes certezas.

Cuando él pasa frente a la ventanilla a cobrar su cheque, intuye que le miran desde la altura moral de un maquillaje y uñas esculpidas. Él puede sentir el perfume manso y abundante que llegó para alterar algo que en su cuerpo atlético y ágil estaba en reposo. En el baño, orina, y el fermento de sus ganas se eleva hasta las cejas. Hurga entre los dientes; los dedos fuerzan la apertura de la boca. Un trozo de carne roja y muy fibrosa puede verse en el espejo sucio. Envejeció, atascado entre el premolar y el primer molar superior, con una maceración que él tanteó en la parte posterior de la lengua. Aferra el trozo con las uñas y se lo arranca. Lo mira de cerca, con ojos redondos y alertas, y, después de olerlo, se lo traga.

Aprendieron a sostener el equilibrio de sus espaldas en lomos de motos. Como siameses duermen. Pero vigilan turnos con sueño leve, para no perderlos. Detrás de los párpados, ven el filo acuchillar del sol los árboles, en la siesta del asfalto, tan larga: el ardor salpica la porción descubierta de piel. Tienen la cara quemada del sueño.

El calor de la tarde se disipa a la sombra de los edificios. Trabajadores suben la altura que descende hasta el escollo de carteles y cables en lo álgido del centro; son expelidos en palpitos por las ganas de llegar a casa; se extienden por arterias principales y adyacencias que van quedando vacías. Mientras, en direcciones opuestas, turistas solitarios y desorientados se alejan hacia el Puente, abajo, hacia las aduanas. Tiendas y mesitas son desmantelados por los vendedores, camuflados entre montículos de ropa y championes. ¿Es esa una mujer o es un montón de ropa a punto de desmoronarse? Los exhibidores en las veredas, como alas que se pliegan. Un mesitero cede minutos al optimismo en medio de la estampida convergente entre la que se pierde de vista el brillo flúor de lentes de sol, el viso de discos piratas.

Los mototaxistas se desperezan a lo felino y emergen del aliento a siesta. Asedian a pasajeros potenciales para comenzar lo mejor de sus rondas del día, pero los viajes han sido escasos. Un mototaxista se acerca de forma demasiado brusca, un turista se aleja de un salto.

Bajo descargas de luz de la cartelera publicitaria, en el paseo central, un hombre disfrazado como el alienígena de *Depredador* posa para curiosos a cambio de pesos, reales, dólares, guaraníes. Bajo el traje, la sangre restalla, pero es invisible. Anochece, y el negro del traje del Depredador también desaparece en la oscuridad, y no se sabe en qué momento él también se va.

Las calles del centro deshabitado aparecen cubiertas con cartones y envoltorios de plástico: la piel muerta abandonada de los electrónicos vendidos en el día reposa a la espera de merodeadores que la recogen, lento, y compiten con la brisa ascendente del acantilado, el viento del río.

Es tarde. Uno de los mototaxistas juega con un cubo Rubik, lejos del grupo de hombres que comparte el mate. Ha logrado completar la cara de color rojo, pero los demás lados del cubo siguen manchados de verde, azul y amarillo.

Un hombre se aproxima, y reduce la velocidad de sus pasos junto a la parada.

—¿Moto, amigo?

Detenido, pasea la mirada por los hombres, cuando uno irrumpe para reclamar su turno en las rondas, pero el pasajero mira por sobre todos los hombros hasta el muchacho del cubo Rubik.

—Él quiero que me lleve.

Los hombres dirigen la mirada hacia el muchacho y asienten.

—Sí, amigo, no hay problema, él te va a llevar... Rápido te va a llevar —y sonríen.

El muchacho se levanta y le cede el casco, cabizbajo y pardo, con los ojos de la resignación. El casco tiene huelle a sudor agrio. La moto arranca, y el pasajero se monta detrás. Aceleran.

—Chérõ guarã ko péa pe tipo é ou não é.

El azul de los árboles se funde en el cielo violeta. Hacia el Sur, las últimas aves remontan el atardecer, perseguidas por gavilanes. Un muchacho se lava, desnudo y moreno, en el Lago. Los yacarés están lejos, también los apereás. Las noticias hablan de un puma avistado en la ciudad, perseguido por las cámaras de teléfonos de curiosos, en sus vehículos. La moto avanza en la noche oscura, descende en dirección hacia el río, cruza la catedral, la mezquita.

—É ou não é? —dice uno de los mototaxistas, mientras se sienta a completar el montaje del cubo Rubik, con el rojo ya completo.

Ahora va por el azul.

8

Dos preguntas pertenecen al orden de la repetición. Él habita el diálogo con la insipidez del rito cotidiano, pero disfraza el bostezo. Sonríe con ceja y con boca. Dibuja con gesticulación de mano una bienvenida seductora, y puede al mismo tiempo decir la cosa más bonita sin siquiera pensarla. Quien ya reconoce en el ojo pardo el hábito de

nublar el cuerpo que mira, al punto de la transparencia, descubre ese refugio que consiste, quizás, en saborear la idea de sí mismo no mirando nada.

Hablarle es recibir respuesta vehemente, siempre ensayada. Pero si se presta atención a la nariz, es posible observar un aleteo que camufla la mentira. El talón de Aquiles de su esfuerzo por excusarse está en la nariz. Y en lo profundo de su deferencia, de su palabra gentil, está el secreto de que nunca no escuchó nada de lo que se le dijo. Pero nadie no mira la nariz. Mirame en la cara cuando te hablo, se suele decir, aunque él ni eso no necesita; y cualquiera sabe que en el centro de la idea de cara está el ojo, menos fácil de descifrar.

Él tiene tan estudiado el decurso de toda conversación, y tan probado el efecto de las respuestas, que juega al horóscopo y ofrece la verdad última a más de un lector. Lo mismo con las preguntas. Se podría decir que las dos son disposición de cortesía, por cómo admirablemente son formuladas, pero ellas descienden de algo más voraz y táctico que ser cordial con quien se hable; aunque en su origen coincidan tanto el entrenamiento de los galantes con la argucia del timador.

No hay forma de culparle. Y tampoco hay tiempo.

Con la primera, tantea. La piel, que puede identificar la proximidad extraña, se concentra en lo confuso del ribete de un dedo que ilustra la idea; en sintonía, el verso de la pregunta se impregna de sintagmas nominales y prepositivos. Ciertas aves ejecutan, así, bailes elaborados y cantos confusos.

La siguiente, distrae: en su corona resplandece el vocativo, en función de punzante, de diente-aguijón-garra-retráctil; y a veces se repite, enfática. Entonces, bajo cierta solemnidad que rodea las salidas, que neutraliza el no gracias, la pregunta por el baño, o el pedido por un vaso de agua, se agazapa ya el tacto de una mano. Y cuando otra mano busque el reloj para decir ya se me hizo tarde ya, ahí una boca va a hacer lo tarde en otra.

En su respuesta hay dos. Una es la verdad primordialmente equilibrada de los muebles; la otra es el piso sobre el que reposan. Una es que él es un hombre de ciudad; pero la denuncia de origen impone transparencia sobre su identidad y revela la procedencia extraña que él trato de ocultar bajo capas de invención.

Fue ayer. Era el atardecer y él había salido sin camisa al balcón, a desperezarse. El cielo aparecía colado en porciones diminutas y en el espacio de una franja horizontal y grande. Pero el jardín abunda en velos de novia, en filodendros y helechos machos que son más sombra. Él apartaba las hojas como cortinas con el dorso de la mano. Volvían a cerrarse detrás de él como un telón de lengüetazos. Vos mirabas. Vos seguías, detrás. La espalda moteada con lunares marrones, los vaqueros raídos y flojos. Él miraba alrededor. Había en ese ojo el deseo de atrapar algo que no era imprescindible. Por eso le dijiste tu ojo parece triste. Las plantas, las baldosas, el balcón, ese horizonte, o el agua acumulada en ángulo. Todo era sustancia para atestiguar un azul que se iba destiñendo, cada vez más frágil y oscuro. Quisiste preguntarle qué buscaba en el balcón, mientras él rascaba con la mano un lunar que el sol doró cariñosamente. En su lugar, volviste a la primera pregunta, que él disuadió sonriendo:

—De todas partes soy yo. ¿Para qué querés saber?

—Tu nariz se va a caer.

Ahora él duerme, de costado. Su respiración es suave, y la maraña floreciente de su pelo huele a pitillos de pucho sobre la almohada. Antes de comprimir el aliento de un júbilo que crece con el palpito de lo irresistible, palpaste su costado terso hasta el anatómico lleno de pelusas, y sentiste bajo la tela los huesos puntiagudos de su cadera. Retrocediste.

Buscaste su ropa y algunas monedas para su pasaje.

—¿Te vas a quedar?

Él recogió su ropa en silencio, con dignidad. Pero algo en él se había caído y acariciaba el suelo bajo los pies, auscultando la tierra distante nueve pisos. Algo estaba erguido, vertical, y ahora se inclinó. Mientras él se calzaba los zapatos, miró las monedas sobre la mesa, y vos te preparaste un sándwich, sin ofrecerle nada a él. Y se puede ser digno y estar triste al mismo tiempo. Él estuvo callado, y repentinamente se calzó y se despidió con un apretón de manos.

—Ya me voy ya. No te quiero molestar.

Cerraste la puerta, y cuando volviste a sentarte a la mesa, notaste que no se había llevado las monedas. En el balcón, él había dejado colgada una chaqueta que apestaba a ceniza, a sudor y alcohol. La llevaste hasta el lavarropas. En el bolsillo interior estaba bordado su nombre.

9

La eficacia de un andamio se mide por su altura y resistencia al peso: un hombre pisó en falso, pero no cayó; el cuerpo habría sido frágil a la altura, pero el maderamen y los herrajes exhibieron firmeza. Frente a la parada de mototaxis hay una construcción.

Escombros buscan el suelo, seducidos por la gravedad. El talco de la edificación naciente llega en oleajes, forma grumos tras la niebla.

Hoy el pasajero viste verde. Por momentos se pierde frente a un cartel del mismo color cuando pasa, y reaparece como un espectro en la esquina, a la luz de los tres semáforos del cruce. Anochece. Una cadena serpentea en el cielo, invisible, con el tronar de la anunciación, pero no va a llover. Lleva carne en un bolsón, para el asado, y también vino.

—Qué linda tu carne, amigo —señala el chofer con un dedo desnudo en guante sin dedos—. Estira comer, legalmente.

El pasajero sonríe, aferra la bolsa con el orgullo de los padres frente al halago a los hijos, la levanta un poco y la exhibe; pero, enseguida, la proximidad del frío por comer mancilla su orgullo: Él también es carne, piensa.

—Jahápy —invita el pasajero al chofer, para alejar de sí el género y la clase que habitan los parecidos.

—Enseguida —contesta el chofer, y, porque en su asentimiento no hay verdad, también sonríe.

La sombra sintetiza los detalles, porque el árbol ramifica, las hojas brotan, pero en medio de la niebla sólo se ofrece un contorno borroso. A oscuras, el mototaxista avanza con fe sobre el pavimento desgastado que por momentos se pliega y pierde su vocación lisa en las curvas más graves. Como la visera del casco del pasajero está abierta, él recibe

sobre el rostro las gotículas heladas de la noche, y alucina con una nevasca que arrecia, ora con filo, ora con fuerza.

—Vamos pues —invita el pasajero cuando llegan.

—Enseguida —contesta el chofer.

10

Algo antiguo se aviva en los dos hombres. Ellos se sientan bajo el sereno a tomar a mano, mientras en la parrilla se asa la carne. Las tareas están distribuidas: el anfitrión vivaracho vigila del fuego su incandescencia; el visitante, más encogido el cuerpo, ceba el vino en un vaso compartido, a la manera de los mates de tereré. Conversan sobre las cosas fundamentales, indiferentes al viento y al rocío que se encrespa a la luz del foco, y también sobre lo anodino conversan, porque no sólo de pan vive el hombre.

Muy lento, el calor de las brasas asciende con humo; penetra los poros del músculo que forma corteza dorada, pero dentro guarda la sangre líquida: cuando se deja gotear es reabsorbida por la carne como inhalación, y luego se evapora.

Un vaho también llega hasta los hombres, en cuyas narices el hambre pelea contra la espera, y la treguan con cortes finos y mal cocidos, ya que la carne sigue cruda.

A veces, la palabra que va regresa; pasa por el invisible de una pajita que forma espirales de silbo, interrumpidos en segmentos de su curva; y cambia de tono cuando se devuelve de una boca a otra, porque en una es pregunta y en la otra respuesta. Pero es la misma. Así el vaso de vino. Pero los vasos no son palabras, y con ellos no se pueden decir los colores buenos del asado, o el rojo de las brasas, el rocío que moja los cabellos, lo lindos que son esos champions de dónde compraste, el mismo vino que está rico y frío, ni siquiera el dibujo del propio vaso que guarda un chiste que el visitante entendió y cuya comprensión ratifica enunciando su significado, aunque el otro, es claro, ya lo conoce, como conoce del clima que están experimentando, y del asado que él mismo vigila. Lo que sea, para conjurar que el silencio no importune la ocasión de conocerse, y ofrecerse a ser medido con la regla de los débiles.

Por eso, cuando se acaban la mitad del vacío cortado en tiras sobre una tabla sucia, y el anfitrión le pide al invitado que traiga otra botella, éste le pregunta si no tiene naipes, porque sabe que jugar a la baraja le ofrece unos guiones que puede repetir sin miedo, pero como no tiene, se concentra en conocer su biografía, mientras el carbón de la parrilla pasa al brasero, donde se calientan.

Y terminada la botella, el anfitrión le invita al visitante a quedarse a dormir. El visitante le pide un short, y va a cambiarse en el baño, mientras espera que le tiendan una colcha sobre el sofá. En el baño, el visitante se mira en el espejo. Con la mano izquierda se acaricia el vello del pecho, y luego se mira ambos lados de la mandíbula donde le crece la barba, y debajo la carne.

11

El grumo absorbente de los objetos distribuidos por la pieza del anfitrión se sacude la última nitidez proporcionada por la luz: y ellos salen a la sombra. Ellos asumen, ni bien se apaga el interruptor del foco, la posición de alerta que acecha su desnudo y su vulnerable, cuando se desviste. El dedo gordo del pie desliza un anatómico negro hasta el suelo, a lo largo de las piernas del hombre, pernilargo, en un instante de pudor. No está solo en la casa. Afuera, los faroles tornan visible el estremecimiento y la niebla arremolinada porque hay viento; y los reflectores poseen, como el dorso de los ojos de los gatos, un espejo, pero tienen luz propia.

Él huele un sudor que se ahumó en la prenda olfativa de la carne y el alcohol. Pero lo dulce viene de más abajo, viene de adentro, como las savias en la corteza de los árboles.

La cama de soltero se eleva sobre el suelo con sus patas de madera sin rechinar. Él se guarda del frío en el abrigo de un edredón, y duerme boca abajo, tieso y blando a la vez: una pierna se estira y tensa la cubierta, y la respiración eleva la espalda con ronquido, alisa y arruga la manta.

Un estremecimiento camina su pelo, cuello abajo; reptar hasta el hombro con el intervalo de las patas de araña, pero le faltan patas: y ahí se queda, sin sacudir.

Persianas se abren. El grillar penetra y por momentos se espacia anticipando la amenaza de pasos. También la puerta de la habitación se entreabre con un ruido que no llega lo suficientemente hasta él, que no lo perturba. Alguien entró en la habitación.

De pie, la sombra se yergue, vigilante del sueño, y él la intuye porque no la ve. Él combate, pero para pelear y vencer se requiere de una fuerza que él no posee, porque está dormido y no puede despertar. Entonces, una mano se aproxima y le toca el hombro.

El anfitrión recupera el aire escamoteado a los pulmones, y esa inhalación excesiva posee tanto el significado del aliento que se recupera como el de la incertidumbre ante esa intrusión salvadora del huésped que a primera vista es él mismo, como si se viera en un espejo.

Parpadea. En ese momento, el visitante se inclina riendo a carcajadas sobre la cama, junto al soñador convaleciente, que de pronto recobra el sabor amargo de una idea, en lo profundo del sabor carroñero del vino y la carne asada.

—Me estabas llamando —informa el huésped.

Y el anfitrión sólo ríe, sorprendido por la revelación que le confunde con temblor, y se instala en el centro de la risa y la apaga.

—Estaba soñando, nde bobo —y el visitante también ríe, asfixiando la risa, que es expulsada en bufidos por la nariz.

Desde la puerta le pregunta socarrón:

—¿Querés que te coma, verdad?

Y el anfitrión la atesta una almohada dura en la cara. El visitante camina, primero de espaldas, y se aleja hasta el sofá, donde enseguida ronca.

Pero en el anfitrión, la sacudida que le despertó sigue oscilando en lapsos cada vez menos distanciados, y se vuelve el movimiento asertivo de un *no* con la cabeza.

La madrugada sigue avanzando, cuando él descubre bajo la sombra de las cosas y en el umbral del sueño el acecho de lo presto a avanzar sobre él, y que, llegado el caso, deberá repeler con las manos, por eso las dejó sobre su pecho, a su alcance. Dejó las manos, y no sólo ellas.

Rodar sobre sí en la cama se vuelve, de pronto, una competencia para ver quién duerme primero: si el miedo a las cosas mismas o el mismísimo miedo a dormir.

No sea que cuando no esté lo suficientemente alerta irrumpa algo que, como un susto de dentro o de fuera, le devuelva la sensación de un aire que invade la boca y los

ojos incrédulos. Porque una sombra se elevó junto a la cama, a contraluz, con la forma de un hombre muy-muy alto que se parece a él, o las garras de un jaguar se clavaron en su piel, o encuentre asilo en su hambre una voracidad que precede cualquier sentimiento de culpa.

Los autos acorralan la sombra al grito de ¡puma!, patinan en las curvas, aceleran en las avenidas lineales donde los faros comparten la decisión de salir a capturarla, aunque sea en imagen.

Es apenas un fragmento, una célula. La unidad rítmico-melódica mínima que se repite. El motivo es grave y el intervalo de tonos no permite precisar si es mayor o menor. La ambigüedad es resuelta por una melodía más aguda, que se superpone.

Yo no quería filmar al puma, sino la cacería. Mi trote era ligero alrededor del lago, y yo no sabía de los videos aficionados verticales ni de las novedades en los noticieros, esperadas como los hambrientos que piden el milagro del pan.

Tampoco sabía del niño que repetía –el dedo posado sobre la pantalla– el instante en que el verde resplandeciente de unos ojos desaparece su amenaza entre ornatos de un jardín bastardo y rico.

La vitrina de la tienda exhibe pantallas de alta resolución. Curiosos comentan las ventajas de imágenes tan nítidas: estomas de una hoja palpitan; la organización geométrica de unas escamas; el cambio de piel de un artrópodo verde y rosado; o el macro *timelapse* de distintas floraciones.

Los transeúntes se detienen apenas unos segundos y absorben los colores filtrados a través del vidrio, espejados y repetidos en múltiples cuadros sobre esa superficie, y en los ojos de quienes miran.

Tanto optimismo deteriora la voluntad. Y ahora no hay ni esperanza ni plata. Alguien se pregunta a modo de chiste quién pagaría tantos dólares por una tele, habiendo tantas pantallas gratis en la ciudad. Pero no se engaña el deseo, y más de uno hizo cuentas.

En todos los sueños ajenos, esa música aparece como un destello fulminante, un fognazo de tristeza para la ilusión de borrachos que conducen y asedian cualquier extrañeza para no dormirse, cualquier animal nocturno para matar su soledad y desengaño. Pero en mi sueño la melodía se desliza por un cerro, merodea entre las piedras y desciende a beber agua en el arroyo, a la sombra de un pakuri.

El otro día, circuló el video de un hombre que esperaba con las luces de su camioneta apagadas, a que niñas y niños se acercaran, en busca de dinero, en busca de comida, a cambio, dicen, de dejarse bañar.

Nadie espera que a uno le filmen, pero todo depredador es la presa de otro depredador; y, aunque raros, hay casos de canibalismo: en la calle, un manifestante agredido decide filmar al policía agresor, que también filma.

Me pongo los auriculares porque los necesito. Son vitales. Como el agua, como el alimento. Y como la música la compuse yo, de pronto encarno la posibilidad de satisfacción de mi propio deseo.

En oleajes, multitudes recorren calles, atraídas por esta nueva ilusión. Procesiones exhaustas se dirigen hasta un ojo de agua donde, según cuentan, el santo que ayuda a pagar las deudas apareció transformado en culebra. Conducen cientos de kilómetros para cosechar un trozo de yrupẽ que cure los males que les aquejan. En esos días, el puma hiberna; preserva su salto de la obsolescencia, pero en la próxima temporada reaparecerá.

Yo, corro. Paso junto a la estatuilla de San Jorge, que arroja su victoria en forma de lanza sobre el dragón; y asciendo por la avenida, el músculo tenso, hasta una casa donde nadie me conoce realmente.